

II.

La prision que Saint-Mars habia mandado construir para el *Máscara de fierro* y en la que este infortunado debia vivir doce años, despues de haber pasado trece en Pignerol y dos ó tres en Exiles, comprendia la mitad del tercer piso de un grueso torreón rodeado de fortificaciones. Dicha habitacion se componia de un vasto aposento muy alto de techo y formando un triángulo: cada extremo de sus ángulos estaba cortado por columnas unidas que representaban un escágonos gracioso. En los ángulos del triángulo, habia tres gabinetes, de los cuales, uno servia de guarda-ropa del prisionero, otro de alcoba, donde dormia uno de los dos lacayos encargado de su custodia de noche y de dia, y en el que, mientras uno dormia el otro velaba: en el tercero, habia una chimenea gótica, cuya campana recargada de ornamentos de arquitectura, se estendia magestuosamente, rodeada por un ligero y elegante bordado de encages de piedra: la bóveda era blanca y surcada de espigas que reuniéndose todas en una llave de la cual colgaba un anillo de fierro, sostenian una lámpara pendiente de dicho anillo y la que ardía durante toda la noche.

Una sola ventana con vista hacia el mar, daba luz al aposento: esta ventana estaba cerrada por dentro con barras de fierro, y por fuera con una reja de alambre del mismo metal: una vidriera de pequeños vidrios engastados en plomo y cubierta de polvo, la cual solo se abria cuando el gobernador lo ordenaba, formaba una tercera cerradura que en el verano interceptaba las frescas eshalaciones de la mar y en el invierno metamorfoseaba los vivificantes rayos del sol de Provenza en lívido crepúsculo.

El ajuar de aquel lugar, era de mas magnificencia del que se acostumbraba en una prision. Una tapicería de Bérghamo bastante fresca, representando una reunion de amores aislados, bastante mal á su pesar en una prision de Estado, cubria las paredes; unas planchas de madera interceptaban la humedad del enlosado de piedra, una gran cama con doradas esculturas, baldoquin y telas recamadas, colchones de lana de Alejandria, paños de finas telas y corbetores con grandes dibujos, se veían por un lado: por otro, una mesa vasta de ébano con piés torneados y engastados en cobre dorado, un gran cofre de madera esculpida, un gran sillón de cuero, en el cual el prisionero pasaba muchas noches siendo presa de una amarga agonía, algunos escabeles para los sirvientes ó el gobernador cuando el

prisionero le permitia tomar asiento en su presencia, y en fin, un elegante armario con vidrieras formando una biblioteca y conteniendo algunos libros que se renovaban uno á uno despues de un escrupuloso ecsámen de su contenido. En vano se hubiese buscado en aquella habitacion una pluma, tinta, papel, lapiz ó alguna cosa que pudiese dar al prisionero modo de hacer saber su gran infortunio.

Tal era el lugar donde un desgraciado debia pasar doce años de su vida, con el rostro cubierto con una máscara de fierro de resortes, cerrada por detras con un candado hecho con tanto arte, que era imposible al prisionero abrirlo sin quitarse la vida: podia comer sin mucha incomodidad, podia enseñar sus dientes ó la lengua en las enfermedades en que el médico lo creyese necesario.

Las únicas distracciones que se le permitian eran, cuando estaba solo, pulsar la guitarra ó divertirse arrancándose los vellos de la barba con unas pinzas de acero muy lucientes y pulidas; doble distraccion, añade Lagrange Chancel [*Año literario* de 1759, tomo 3.º] que parecia complacer al *Máscara de fierro*.

Fuera de su prision, podia pasearse una hora cada dia en el jardin del gobernador, entre sus dos lacayos, con los que le era prohibido cambiar una sola palabra durante aquella hora de paseo. Un toque particular de tambor, anunciaba su salida de la prision, y á ninguna persona, so pena de la vida, le era permitido pasear en el jardin y mucho ménos por el parage por donde pasaba el prisionero.

Tambien podia ir todos los dias á oír la misa, y en el coro, se le habia hecho una silla vuelta hacia el lado del altar. Sus dos lacayos se ponian á su lado y dos inválidos se colocaban detras, apuntándole con sus fusiles para el caso que voltease á hablar con los asistentes á la iglesia.

Por lo demas un vasto sistema de espionage se habia organizado á fin de que lo mas insignificante del menor de sus actos no quedase ignorado del gobernador.

Hé aquí una carta de Saint-Mars dirigida á Louvois, el 11 de Abril de 1487 que dá algunos detalles sobre el particular y que ha sido extractada de los archivos de los negocios extranjeros por Roux-Fazillac.

.....“Independientemente de los dos lacayos al servicio de mi prisionero, de los que el uno vela mientras el otro duerme, y que tienen bajo pena de la vida, la órden de no responder á ninguna de sus preguntas fuera de las del servicio, y de comunicarme palabra por palabra lo que diga y haga, he hecho practicar en el techo de su aposento, una abertura desde la cual puedo sin ser visto, ver y oír todo.

“Esos dos lacayos, así como mi teniente Rosarge Corbé, el capellan Giraud, el cirujano Rheil, el llavero Rhu, y el capitan de puertas Lecuyer, tienen encargo de espialo mutuamente y sin que él lo malicie.

“Para que se pasee en el jardin, le he destinado dos calles descubiertas, de modo que dos centinelas de mi confianza colocadas en lo alto de las torres, pueden con la simple vista descubrir todo lo que en ellas pasa, teniendo particular

encargo de vigilar que el prisionero no cambie seña alguna con los que le escoltan.

“Las precauciones que he tomado para cuando mi prisionero va á misa son tales que no dejan temor ninguno. La silla en que se coloca esta separada del coro y de la nave, por una especie de cancel, de modo que aun el padre que dice la misa y los que la sirven, no pueden verlo.

“Para sus comidas, hay las mismas precauciones que para lo demas. El cuarto del prisionero está precedido por un pequeño vestibulo donde noche y dia se tiene un soldado de faccion. El espesor de una doble puerta, de la cual solo el capitán Lecuyer tiene la llave, impide que dicho soldado pueda oír lo que se dice en el interior: allí hay una mesa sobre la cual los criados depositan las viandas; el mayor Rosarges las ecsamina todas con una atencion minuciosa, abriendo las gallinas, cortando el pan y las frutas á fin de asegurarse si por ese medio tiene el prisionero alguna inteligencia con el exterior. Hecho el ecsamen referido, uno de los lacayos toma los platos y pasa á servirlos.

“En fin, señor, he tomado todas las precauciones imaginables para que mi prisionero no pueda ver ni ser visto de ninguno: no pueda hablar ni oír á aquellos que quisieran decirle algo, salvo en mi presencia, y la regla que he organizado para el servicio del rey, dá resultados tan admirables, que no solo me son comunicados los mas insignificantes actos del prisionero, sino aun los de las personas ocupadas en su servicio.

“La abertura que contra el gusto de todo el mundo he ordenado hacer en el techo del aposento del prisionero, me pone en actitud de poder por mí mismo ratificar las noticias que se me dan y aun de completar en caso de necesidad, una que otra circunstancia que sea por olvido ó inadvertencia, se creía poder omitir y he conseguido con tales revelaciones inesperadas, infundir una especie de sistema de terror que hace mayor la seguridad y regulariza de la manera mas perfecta el buen servicio del rey.”

Con fecha 30 de Mayo, Louvois respondía á esta carta de Saint-Mars.

“Nada se puede agregar á las precauciones que habeis tomado para la seguridad de vuestro prisionero, y no podré daros mejor consejo que el de que sigais tal cual habeis comenzado.” [Extractado de los propios archivos por el mismo.]

Así, pues, el infortunado *Máscara de fierro* veía noche y dia por aquel continuo espionaje, agregarse una intolerable agonía á la agonía incesante de su vida, no pudiendo ni aun gemir en secreto, pues su orgullo se indignaba á cada momento al ver que su infortunio tenia testigos; así es que sufría doblemente teniendo que contener sus lágrimas, lágrimas que vertía á sus solas.

Todas las revelaciones concernientes á él, van de acuerdo en un punto, y este es, el de su retrato. Era de una talla mayor que la comun, admirablemente bien hecha; sus modales eran nobles y distinguidos; el sonido de su voz era bastante á hacer que el que la oía le quisiese: jamas se quejaba, pues la fortaleza de su alma se lo impedía, salvo cuando el caso ó el rigor de su suerte parecia estender

se á los que le rodeaban: entónces entraba en una verdadera desesperacion, la cual no podia mitigar Saint-Mars, á quien ásperamente con términos amargos y tuteándolo, segun acostumbraba siempre, le hacia presente la superioridad de su nacimiento y se vengaba de él humillándole como al último de sus lacayos. En cualesquiera otra circunstancia, le era genial una dulzura, una paciencia y una resignacion angélicas.

Cuando uno veía á aquel hombre cubierto el rostro por una máscara de acero, en vano era buscarle la luz sobre su cara inerte. Solo se veía la sombra, y ecsaminando de cerca aquella sombra, se distinguía sobre su melancólica imagen, un pensamiento siniestro, frío, impasible. Se veía un fenómeno extraño ocultarse bajo aquel drama. Bajo ese disfraz inflexible, la vida aparecia poderosa, condenada; aparecia con tal necesidad de hacerse conocer, que en ciertos momentos talmente se creía verla manifestarse á través del acero; animarse, cual se hubiese animado un rostro humano. La máscara tomaba entónces todo el aire de la naturaleza, y cualquiera hubiese creído que miraba las venas palpitantes, los lábios que se movian, unos ojos que brillaban, y sienas que latian. La máscara se hacia hombre, y aquella hoja de frio acero, insensible en apariencia, no era en realidad mas que la máscara que ocultaba una vida potente, ardorosa, aspirante á reproducirse por entre su prision de acero, como la llama aspira á deshacerse de aquello que le embaraza en un lugar donde se ha intentado reconcentrarla.

Conocido como lo está ya el hombre, veamos los hechos.

En los primeros dias en que el *Máscara de fierro* fué encarcelado en Santa Margarita, se encontraba aún bajo la impresion de una de esas grandes catástrofes que han marcado diversas fases de su larga cautividad y que en gran parte han quedado en el olvido: crímenes inconocibles que la historia no puede ni aun clasificar.

Uno de los sirvientes de su servicio, que tal vez tuvo la imprudencia de dejar entrever un simple sentimiento de piedad hácia el desgraciado á quien servia, despertó las desconfianzas de Saint-Mars, y sin que nadie supiese cómo ni de qué manera desapareció y no volvió á saberse de él. Se le reemplazó con otro.

A cada una de esas sustituciones de caras cuyos motivos y objetos se le dejaban ignorar al prisionero, este desgraciado se ocupaba muy poco de la causa del cambio, y sea porque le fuese penoso el ver nuevos testigos de sus angustias, sea porque deploraba aquella fatalidad que parecia caer sobre todo el que se le aproximaba, entraba en uno de aquellos accesos febriles de cólera que por su fiereza, parecian serle geniales en todas circunstancias.

Era una fria noche del invierno de 1687: uno de los criados que le servian un año hacia, poco despues de haberle dado en el dia una insignificante marca de interesarse hácia su persona, cayó repentinamente enfermo y le fué indispensable recogerse en la alcoba del aposento del prisionero. Este no creyó que su criado tuviese otra cosa que una ligera indisposicion, y se acostó. A media no-

che, y mientras él dormía, el mayor Rosarges entra con pasos de lobo al aposento, penetra en la alcoba, toma en brazos el cuerpo del criado muerto ó moribundo, y deja en su lugar á otro nuevo. Al despertar al otro día el *Máscara de fierro*, al ver aquella nueva cara, sospecha lo que ha sucedido y pide hablar al gobernador.

Saint-Mars se hizo esperar mucho tiempo pero al fin llegó.

—Siéntate, comandante Saint-Mars,—le dice el prisionero, arrojándole rudamente un taburete,—te lo permito, y hablemos.

Saint-Mars se sentó.

—Sabes, continuó el *Máscara* parándose delante de él y cruzando los brazos,—que es preciso que seas un famoso canalla para haber matado también á ese pobre de Champagne? Ved, echa la cuenta, la tercera persona que muere á mi servicio desde que tú eres mi carcelero.

—Lo creéis, monseñor? dijo Saint-Mars que había adoptado por sistema oponer una calma insolente á la cólera de su víctima.—En efecto,—añadió después de un momento,—echa la cuenta, van ya tres. Picazo fué ahogado; Bourguignon, ahorcado; y Champagne..... á fé mia, no sé mucho respecto á lo que se ha hecho.

Y volteándose hácia el mayor Rosarges que estaba de pié en la puerta del vestíbulo:

—Rosarges, qué has hecho de Champagne?

—Champagne, mi comandante, lo he dado á guardar á los peces del mar.

—¿Tuviste cuidado de ponerle lastre, á fin de que nada le falte en el camino?

—Sí, mi comandante, le puse una gran piedra amarrada con una buena cuerda al rededor del cuerpo, pero el pobre diablo no necesitaba de ello, pues cuando me lo llevé, no se movía ya para nada.

No importa,—replicó Saint-Mars,—dos precauciones valen mas que una.

Y dirigiéndose al prisionero:—Monseñor, ya estais perfectamente al corriente de la suerte de Champagne: si no deseais saber algunas otras noticias, permitidme el retirarme: el servicio de la prision esige mi presencia.

Ese sistema de calma, esa amarga ironía, entraba en el plan de Saint-Mars. Desde que tenía á su cargo al prisionero, pudo estudiar su carácter altivo y arrogante por naturaleza, y había observado que si la cólera le hacia salir de los límites de aquella resignación que él mismo se tenía impuesta; cualquiera chanza, por atroz que fuese, le podía mas que toda la desgracia que le abrumaba, que la subordinación á que estaba reducido, y sea por desdén ó reflexión, su orgullo natural se sobreponía: su cólera se contenía como por encanto, y desdeñaba quejarse por mucho tiempo.

Esta vez, por alguna cosa que no se ha podido descubrir, la muerte del último criado le fué mas sensible que la de los otros, sea cualesquiera que fuese el motivo, y parándose detras de Saint-Mars, que se disponía á salir del aposento:

—Viejo bribon!—le dice,—has hecho al ménos que se le diesen los socorros de la religion á ese desgraciado de Champagne, ó has sido bastante impío para hacerte responsable de sus pecados ante Dios?

—Temo,—dijo Saint-Mars con la misma calma,—que haya muerto sin confesion.

—¿No tienes bastante con tus pecados para condenarte eternamente, verdugo de cuerpo y alma? Si alguna vez estoy en libertad, el primer uso que haré de ella, será desafiarte.

—Su Magestad ha prohibido el desafio, monseñor.

—Pues bien, te haré colgar.

—No hago mas que cumplir con mi deber, monseñor.

—¿Es acaso tu deber el hacer que perezcan las gentes sin confesion? ¿Es tu deber perseguirme noche y día sin descanso, ni tregua? ¿De qué alma maldita eres instrumento, para complacerte en atormentar á un hombre inocente, en el suplicio de una deplorable víctima?

—Monseñor, el rey....

—Profanas su nombre, miserable! El rey no puede haberte dado tales instrucciones: tú eres bastante capaz de inventarlas tan refinadas de barbarie, tan perseverantes en lo injusto, tan bajas y tan vergonzosas. Tales acciones, nada tiene que vengan de una persona real, porque son viles y despreciables. Tú, tú solo eres capaz de detenerme en un torreón donde me falta el aire y la luz, donde muero lentamente.

—Morir vos, monseñor! Ayer mismo escribí al rey que estábais en estado de sufrir aún treinta años de cautividad, y espero en todo ese tiempo tener el honor de continuar mis servicios cerca de vos, y de daros todos los días pruebas de mi respeto.

Y al decir esto, Saint-Mars salió.

En las ocasiones poco mas ó ménos frecuentes, en que el *Máscara de fierro* tenía esos accesos de cólera, si no cedían al sistema de sangre fria é ironía adoptado por Saint-Mars, este tenía un medio casi infalible para reducir á su prisionero.

Hé aquí cuál era ese medio.

Cuando desde la abertura por donde espiaba á su prisionero, veía sucederse á aquella tempestad del alma, una especie de postración física, iba á verle, tomaba el tono mas dulce y meloso que podía para hablarle; se affigia de sus padecimientos, y casi se escusaba de la dura necesidad en que se hallaba de manejarse así, terminando aquel hipócrita comportamiento, diciendo como por incidente ó casualidad, las siguientes palabras: “Preguntad mas bien á Madame de Saint-Mars, si no tomo sobre mí, el torturar las instrucciones que se me dan, en obsequio de vuestra suerte.”

Este nombre, *Madame de Saint-Mars*, era para el *Máscara de fierro* un verdadero talisman. No se pedía cuenta ni de la causa, ni del motivo de tal efecto,

cuyo origen era uno de esos arcanos misteriosos del corazón, que jamás había ensayado sondear; pero le parecía que en ello existía alguna cosa que era necesaria á su vida. ¿Era acaso un recuerdo? ¿Era acaso una esperanza? Lo ignoraba; pero sea lo que fuese, aquello le tranquilizaba el alma, y jamás dejaba de tomarle la palabra á Saint-Mars, diciéndole: "Traed á Madame de Saint-Mars, y venid á comer conmigo." Saint-Mars se inclinaba, respondiendo:

—"Monseñor, Madame de Saint-Mars y yo, tendremos ese honor."—Y la paz quedaba hecha.

Este incidente de la vida del *Máscara de fierro*, ignorado hasta estos días, es todo un drama en la vida dramática de aquel infortunado. He tomado los pormenores de él, de un manuscrito de 1728, que hacía parte de una recopilación de escritos oficiales manuscritos, que escapó á las activas pesquisas de otros laboriosos historiadores que buscaban alguna luz sobre el objeto de que tratamos. A los buenos oficios del sábio bibliotecario de la ciudad de París, M. Bailly, debo el haberle visto y poseído.

Pero por lo mismo que ese drama solo se liga por incidente á la cautividad del *Máscara de fierro*, es preciso dar aquí algunas aclaraciones.

Recordará el lector haber visto en la relación mencionada ya, de los primeros años del *Máscara de fierro*, que este desgraciado conoció el secreto de su nacimiento, viendo el retrato de Luis XIV. Según la *Memoria*, dicho retrato le fué dado por una jóven gobernante, en quien el amor había arrojado algunas flores sobre los primeros años de su adolescencia.

Esta gobernante no era otra sino la hija del primer gobernador del príncipe, cuyo nombre, como ya se ha visto, ha quedado ignorado, pero debía ser un hombre de consideración por su nacimiento, para estar como estaba en la corte de Luis XIII, gozando por encargo ó en calidad de favorito, la íntima confianza del rey, de la reina y del cardenal de Richelieu. Como padre, el gobernador echó sin duda un velo á los amores de su hija y del príncipe, cuya educación le había sido confiada; así es, que en su relación hecha al rey respecto al retrato dado al prisionero, lo hizo, dando como autora del hecho á una jóven gobernante. Además, las órdenes de la corte eran ya tan severas respecto al príncipe, que todo el que tendía á penetrar el misterio de su nacimiento, estaba condenado sin piedad á perecer con su secreto. El honor, pues, de su casa, y la seguridad de su hija, ecsigían al gobernador la sustitución que hizo del personaje.

Esta jóven se llamaba Etienne: su nombre de familia, así como el de su padre, se ignoran. Todo lo que se sabe es, que era de una buena casa de Borgoña, sin que por esto se haya podido sacar el nombre de familia.

Después de la aventura del retrato, que según parece, había sido antecedida de otras muy romancescas, su padre trató de casarla, y poco tiempo ántes de su muerte, le había acordado su mano al comandante Saint-Mars, quien debió á

dicho enlace el cargo de carcelero principal del *Máscara de fierro*, con el que Luis XIV le investió.

Saint-Mars ignoraba todas estas circunstancias, y la misma Madame de Saint-Mars, desde que el *Máscara de fierro* estaba en Pignerol y en las islas de Santa-Margarita, solo le había visto enmascarado, y no sospechaba que aquella máscara de fierro, le ocultaba las facciones del objeto de sus primeros amores. Como las órdenes de la corte eran las de no rehusar al prisionero ninguna de las dulzuras de la vida en todo aquello que fuese compatible con el misterio que se ecsigia, movida por ese sentimiento de piedad tan natural en las mugeres, de interesarse por los grandes infortunios, ella había pedido á Saint-Mars que la dejase el cuidado de proveer al prisionero de toda la ropa blanca fina que necesitase. Saint-Mars encontró el pedido tanto mas natural, cuanto que dichos artículos son mas bien atribuciones de una muger, que de un gobernador de una prisión.

Desde ese instante, el prisionero, que tenía gusto particular para su ropa blanca, para los encajes, que entonces se usaban con profusión, los vestidos suntuosos que se hacían de géneros convenientes á las estaciones, no tuvo nada que desear. Regularmente, todos los años se le hacían vestidos para el estío, el invierno, la primavera y el otoño, como á los señores mas coquetos de la corte.

Las pecheras, puños, encajes y cintas que usaba, eran del mejor gusto, y su *chiffoniere* (1) como se les llamaba entonces, en nada tenía que extrañar el retrete de una coqueta. Madame de Saint-Mars lo proveía todo con una solicitud de hermana, sin siquiera sospechar, así como tampoco el prisionero, el móvil secreto que á ello la impulsaba, y aquel tierno interés de un corazón de muger, en la situación desgraciada en que él se encontraba, no había tal vez dejado de contribuir en algo en aumentar en el *Máscara de fierro* el gusto tan pronunciado que tenía por la ropa y la elegancia.

Sea lo que fuere, hé aquí las reflexiones que ese gusto del prisionero inspiró al autor de las *Memorias del Mariscal de Richelieu* (Londres, 1790, tom. 1.º): "El gusto del prisionero por la ropa fina, que la muger del gobernador del fuerte de las islas de Santa-Margarita, tenía cuidado de procurarle, provenía necesariamente de aquella vida perpetuamente sedentaria: las variaciones del aire libre, los movimientos ordinarios al cuerpo en las costumbres de la sociedad, el ejercicio de todos los sentidos, no habían quitado á sus órganos aquella excesiva sensibilidad que pertenece á los religiosos, á los jóvenes educados en la mollicie, y á las damas mas delicadas. La sangre, durante la inacción, reposa en todas las estremidades del cuerpo; la epidèrmis que la cubre está vivificada por ella; el tacto es perfecto, la sensibilidad exquisita, y la acción de los objetos interiores se hace sentir con mas fuerza por entre un sentido tan delicado. Las personas acostumbradas á viajar ó á hacer mucho ejercicio, las gentes del cam-

(1) Llámase así á la persona que surte de dichos objetos. (Nota del traductor.)

po y aquellos que se ocupan de trabajos difíciles, son por el contrario menos sensibles á la impresion de los objetos exteriores. No debe uno sorprenderse, pues, que ese príncipe, encerrado desde su niñez, y que no conocia ni el uso de los piés, ni la accion del aire sobre sus sentidos, ni los movimientos de una alma libre, tuviese la piel estremadamente delicada: verdaderamente no era gusto lo que tenia, sino una necesidad de lienzos finos, y *sin duda, la mano por donde ellos le iban, le hacian mas imperiosa y mas querida aquella necesidad.*

Dejando á un lado el pequeño descubrimiento fisiológico del autor de las *Memorias del Mariscal de Richelieu*, en sus últimas palabras, que vienen en apoyo de las *Memorias manuscritas* que tenemos á la vista, se encuentra el motivo verdadero del gusto del prisionero por los lienzos finos, y esas palabras ocultan todo un drama, el cual vamos á dar á conocer con algunas de sus minuciosidades.

Saint-Mars amaba á su muger, y le concedia sin repugnancia todo lo que era compatible, sin perjuicio de su servicio.

Quando ella le pidió el encargo de proveer al prisionero de la ropa blanca que necesitase, accedió á ese deseo con tanta mas razon, cuanto que así, pasando esos efectos solo por la mano de Madame Saint-Mars, estaba mas seguro de que nada se introduciria en ellos: el prisionero le manifestó entónces el deseo de dar personalmente las gracias á Madame de Saint-Mars por su benevolencia: el gobernador, que en ello no vió otra cosa mas que un modo de satisfacer, sin que le costase nada, á uno de sus deseos, accedió gustoso; solo que, sea por prudencia matrimonial, ó por cualquiera otro motivo, esigió á su esposa se presentase con el rostro cubierto con una especie de máscara de terciopelo negro llamada *loup*, y que las señoras usaban mucho en aquella época.

La vez primera que el *Máscara de fierro* y Madame de Saint-Mars se vieron en presencia del gobernador, solo cambiaron algunas de esas frases triviales de cumplimiento usadas en casos semejantes. No pudiendo descubrir sus facciones al traves de la máscara que las ocultaba, uno y otro, al sonido de su voz, habían temblado. Ni él ni ella habían sospechado que de la boca que salian aquellos sonidos apagados, habían salido en otro tiempo, palabras ardientes que destrozaron sus corazones, vírgenes entónces á la sensacion de amor. Sin embargo, un instinto del corazon les hizo creer que se conocian; pero este pensamiento mútuo no habiendo podido tener sus miradas por órgano para hacerse comprender por qué estaban ocultos bajo de la máscara; ni la palabra, porque la presencia de Saint-Mars lo contenia, quedó cual queda todo pensamiento que muere al nacer: tanto en el uno, como en la otra, solo quedó una idea vaga, á la que el porvenir ó la ocasion podrian dar cuerpo, un misterio del corazon, y nada mas.

El solo nombre de *Madame de Saint-Mars*, tenia poder sobre el prisionero; esto ya se ha visto en la escena respecto á la muerte de Champagne, y Madame de Saint-Mars acogia con una especie de secreto delirio, el cual no podia explicarse, todas las ocasiones que se le presentaban para ver al prisionero y ocuparse de él.

Si así como estaba inventado ya el idioma de las flores, lo hubiera estado el de las telas, en el tráfico que de ellas tenían, tal vez hubieran hallado el modo de aclarar el misterio, pero el arte aun no llegaba allá; así es, que quedaron en su ignorancia.

La historia de esos dos corazones empieza á hacerse interesante. Madame de Saint-Mars y el prisionero se veian con frecuencia, pero siempre enmascarados y en presencia del gobernador; así es, que no podian explicarse sus pensamientos ni por la palabra, ni con sus miradas.

Oían allá en su interior resonar la voz del corazon, sin poderse enviar el uno al otro su eco. Habia algo que conmovía en aquel sentimiento puramente instintivo, que ninguno de los dos sospechaba fuese un amor adormecido que despertaba, sin tener, para hacerse comprender, ni la mirada, ni la voz, ni el gesto, y que sin embargo, de la esperanza pasaba al temor, de la inquietud á la alegría con toda la vaga incertidumbre de dos corazones que hablan sin comprenderse, de dos amores que se ocultan, quedando frios al tener contacto, se repliegan sobre sí como la hoja de la sensitiva al ser tocada, y á pesar de esto, ardientes ambos y sin tener ni aun la idea de profundizar lo que desean conocer.

La situacion, dulce y dolorosa á la vez, era original en realidad.

Acostumbrado á las dificultades de la vida, el *Máscara de fierro* la afrontaba con resignacion; pero Madame de Saint-Mars la sobrellevaba con impaciencia, y un dia, que por una rara casualidad, Saint-Mars salió un instante para un asunto del servicio, dejando á ambos solos, sin estar preparado para ello, y con una brusquedad febricitante, que demostraba una gran turbacion de alma, le preguntó á media voz:

—Monseñor, habéis amado alguna vez?

—Y vos?—replicó por toda respuesta el prisionero, con un sonido de voz igual al de ella.

En ese instante entró Saint-Mars; pero en aquel movimiento impetuoso y sin reflexion del alma, el *Máscara de fierro* y Madame de Saint-Mars habían leído en sus corazones. Su doble pregunta había sido una doble respuesta, y el prisionero conoció que tenia ante sí aquella Etienne que cuyo amor reviviera en otro tiempo la primavera de su vida.

Madame de Saint-Mars sabia que el desgraciado que gemia á su vista, era aquel discípulo misterioso que tuvo las primicias de su corazon en la casa de su padre. Pero ambos ignoraban si se comprendian.

Muchos meses se habían pasado sin que la casualidad les diera una oportunidad para completar la revelacion de aquella página de su vida.

Tal vez jamás se les habría presentado, si Madame de Saint-Mars no hubiese imaginado un cuento bajo nombres imaginarios, en el que retrataba los principales accidentes de sus primeros amores.

Este cuento, que en algo participaba del gusto oriental que algunos escritores han hecho de moda, era una especie de alegoría bastante trasparente para que el

Máscara de fierro se reconociese en ella, bastante oscura para que Saint-Mars la comprendiese.

Acababa de concluirlo en los momentos en que la desaparición de Champagne había dado margen, á que el prisionero convidase á comer con él al gobernador y á su esposa.

Como en aquellas reuniones íntimas se pasaba el tiempo despues de comer, en conversaciones ó lecturas, aquella señora se proponía leer su cuento aun en presencia de su esposo, segura de que solo el prisionero comprendería su sentido.

Hé aquí ese curioso fragmento que en ninguna parte ha aparecido, y que yo he tomado de la *Colección de notas oficiales manuscritas* mencionadas ya.

HISTORIA DE DOS AMANTES QUE SIN VERSE, SE ESTABAN
VIENDO HACIA MUCHO TIEMPO.

“A orillas de uno de los grandes lagos salados en que abunda el Africa Septentrional, al centro de un bosque de palmeros seculares, y al extremo de un angosto valle formado por masas de rocas, había un castillo construido por los genios entre el cielo y la tierra.

“Ese castillo estaba rodeado de muros cuya altura variaba de 50 á 100 piés, y tan cubierto de plantas secsátiles, que casi no podían descubrirse por ninguna parte sus espesos cimientos.

“Del medio del edificio se elevaban á mas de 300 piés, colosales construcciones, al remate de las cuales, salían grandes figuras de Berberia y algunos zarzales, que haciéndolos flotar el aire, parecían su espesa cabellera.

“De cualquiera punto de vista que se ecsaminasen aquellos edificios, sea por una singularidad de la naturaleza, ó por un cálculo de los genios que los habían construido, no se les podía fijar la vista sin experimentar un sentimiento inexplicable de terror: sentimiento que llegaba al alma; y el aspecto de aquellas masas informes, levantándose en un lugar casi inaccesible, con sus atrevidas figuras de piedra y sus ramages, con sus troneras que semejaban á unos ojos sin brillo, con una gran abertura que parecía una boca inmensa, se creería estar viendo el esqueleto y las osamentas de una gran bestia feroz.

“Los habitantes del país llamaban á aquel lugar el *Medrachem*, y se aproximaban á él temblando.

“Allá por los primeros tiempos de la Egyra, vivía sobre la parte Septentrional del Atlas, un santo hombre llamado Sidi-Sliman.

“Era de un valor estremo, y muy temerario; se le había hecho prisionero en las guerras en una espèdición desgraciada, y fué vendido como esclavo al gefe de una poderosa tribu de Sab, llamado Si-Rhaman-ben-Kalilh.

“Sidi-Sliman era un servidor lleno de humanidad y de un corazón sensible para los grandes infortunios; gozaba de la confianza de su amo, quien le había dispensado de todos los trabajos rudos, tales, cual el de cultivar la tierra, ir á buscar á largas distancias el tomillo y la alfalfa, y escavar en los pozos. Solo tenía que cuidar los rebaños, los que jamás habían estado tan bien atendidos.

“A pesar de esto, Sidi-Sliman gemía en secreto al ver que de tiempo en tiempo alguna de sus ovejas era devorada por los tigres de la llanura.

“También maldecía su esclavitud.

“Un día dió libre curso á sus quejas, al ver llegar hácia él un jóven grave, que vestía al estilo de los Talebs, y que como todas las naturalezas superiores, marchaba al sol sin dar sombra. Al verlo Sidi-Sliman, se inclinó profundamente.

—“Sidi-Sliman,—le dice el desconocido,—tú eres de la tribu de Chellia, debes conocer al Medrachem.

“Y él contestó:

—“Es á la sombra del Medrachem donde mis rebaños pacían: allí es donde estaban los sulcos en que sembraba mi cebada y mi trigo: allí es donde estaban mis mugeres y mis hijos.

—“Querrias volver á ver tu país?

—“No puedo, soy esclavo.

—“Pagaré tu rescate si me juras cumplir lo que se te ecsigirá.

“Sidi-Sliman juró.

“Despareció el estrangero, dejando tras sí un olor emanado de suaves perfumes con el que las hojas de las palmas vecinas se estremecieron de placer.

“Sidi-Sliman queda solo, se arroja al suelo con la cara hácia la tierra, y dá gracias á Dios. Apénas habían sus lábios pronunciado por dos veces doce, *La Allah ill'Allah, Mohamed rassoullé Allah*. (Dios es dios, y Mahomet es su profeta) cuando el estrangero apareció de nuevo; pero esta vez le seguía un camello, al cual conducía con un ronzal.—“Estás libre,—dice á Sidi-Sliman,—he pagado tu rescate á Si-Rhaman-ben-Kalilh: monta conmigo sobre mi andante, su paso es suave, á la vez que rápido, cual el del jumento Borak, corcel favorito del profeta.”

“Ambos se pusieron en camino, y marcharon durante cinco salidas del sol, y cada vez, en las dos estaciones del día y de la noche, encontraban un arroyo límpido y abundante, donde jamás había ecsistido, y á su orilla una higuera y un árbol de majuela (1) cargados de fruta.

(1) Fruta silvestre.

“Sidi-Sliman comia los higos, y el estrangero la majuela, fruta sabrosa, mas poco sustancial, que solo conviene á las naturalezas selectas.

“En fin, llegaron al Medrachem, y entraron al monumento donde ningun mortal hasta entónces habia penetrado.

“En él habia un coro circular, y en su centro, una taza de mármol, la cual recibia una cascada que límpida y fresca, caía de la bóveda.

“Un rayo del sol daba luz á este lugar, el cual penetraba por entre una gran hendedura de la pared, dividiendo oblicuamente el coro en dos mitades, y reflejando en la cascada, formaba un magnífico arco-iris, cuyos brillantes colores arrojaba sobre la taza.

“Inclinada sobre su borde, en cuya agua parecia estarse viendo, habia una jóven *hourí*, de rostro brillante cual la luna, de ojos rasgados cual los de la gacela. Lavaba unos géneros de seda y de lino, y de vez en cuando dejaba su postura para ir á estender sus lienzos, blancos cual armiño, en el lugar que el rayo del sol bañaba, ó sobre aquel donde formaba el arco-iris; cantaba una cancion melancólica que interrumpia con suspiros. Era su voz dulce cual la del *cap-sa*, (1) y suave como la brisa de la tarde.

“Cuando levantaba los brazos y se paraba sobre la punta de sus piés para tender los lienzos, tenia la gracia y la forma del palmero del desierto: su cuerpo, al que aquella tension estinguía la redondez de las formas, era el tallo, sus brazos las ramas graciosas, y su cabellera, lisa cual la crin de un corcel de raza, el ramage armonioso.

“Sidi-Sliman contemplaba enagenado aquella celestial criatura; pero al ver al estrangero, esta dió un grito doloroso, y su rostro se cubrió por sí solo con un velo tan espeso, que las miradas no podian penetrar por entre él.

“Sidi-Sliman se vuelve hácia su guía para pedirle la esplicacion de aquello, y encuentra solo un hombre de buena apariencia, envejecido mas bien por los pesares que por los años, y en quien la tristeza interior que le aqueja, se descubre al momento: su rostro estaba cubierto tambien por un velo mas espeso que el que cubria el de la jóven. El recién llegado parecia estasiado con la vista de esta última.

“Despues de algunos instantes, con voz llena de tristeza, á la par que de amor, él le dice:

—“Oh hija querida de la mezquita, oh mi muy amada Zara! ¿Por ventura es para honrar nuestros desposorios que haces secar así tus lienzos, blancos como la leche de las ovejas, y suaves como la nata?

“Y ella le contesta:

—“Oh amado mio! mi Aluch Hassan, tú bien sabes que no nos es permitido vernos si no es cubierto el rostro por un velo, en tanto no encontremos un hombre capaz de compartir nuestras desgracias. ¿Y adónde le hallaremos? No ec-

(1) Ave del desierto. [Nota del traductor.]

siste uno, y la pobre Zara morirá ahogada entre su velo de desposada, sin que una boca querida haya podido recibir una sola vez el perfume de sus suspiros.

“Al decir esto, la voz de Zara era la de una persona que llora.

—“Cálmate, gacela mia!—dice Aluch-Hassan. Mira aquí á Sidi-Sliman, á quien un ángel ha comprado de Si-Rhaman-ben-Kalilh, gefe de la poderosa tribu de Zab: es un hombre humano, generoso, y de un corazon que sabe compadecer los grandes infortunios.

—“Oh Sidi-Sliman!—esclama la jóven,—que Allah y Mahomet te colmen de todas sus bendiciones, si eres el destinado á hacer cesar un martirio que dura desde hace muchos soles! Sí, muchos soles han pasado desde que nació mi amor por Aluch-Hassan, y el de él por mí, y desde entónces cada dia hemos deseado vernos sin tener la cara cubierta por estos velos; cada dia hemos esperado poderlo conseguir, y cada dia nuestro deseo, nuestra esperanza, ha sido fallida. ¿Puedes tú ser aquel cuya mano protectora nos ayudará á romperlos?

—“Oh la mas bella de las huries!—dice Sidi-Sliman,—qué habeis hecho para que se os haya dado á ambas ese cruel suplicio?

—“Escucha: lo que está escrito, está escrito. Yo estaba destinada al servicio de las rosas en el jardin de Allah: mi tarea consistia en ir todas las mañanas á visitar las recién abiertas y besar su cáliz para comunicarles un dulce perfume; en seguida mis compañeras las cortaban y hacian con ellas esencias para bañar á los guerreros que morian en los combates. Un dia en que allá en el Magreb, la pólvora habia sido quemada de uno al otro sol, y en que muchos guerreros encontraron en la batalla la única muerte digna de envidia, se me recomendó impregnar á las rosas un perfume mucho mas suave que de costumbre; pero en el momento mismo en que me inclinaba para besar el cáliz de una de ellas, Aluch-Hassan que se habia ocultado entre un rosal, la retira de improviso, y pone su boca, en la cual recibe el aliento y el beso que la daba. La boca de mi amado estaba tan ardiente, que todo el perfume de la mia se evaporó con su contacto, y ese dia las rosas se encontraron sin olor.

“Esta fué una primera falta.

“Tal vez me la habrian perdonado, pero no perdonaron la segunda. Puedo confesarla á tí, Sidi-Sliman, pues que quieres tener piedad de nuestras desgracias. Escúchala.

“En mi calidad de hurí de la primera creacion, llevaba pendiente de mi cuello el retrato de Allah, rey del cielo y de la tierra. Aquel retrato oculto entre un medallon de oro, no debia de ser visto por ninguno de los hijos varones del cielo: esos hijos eran de dos clases; de origen primitivamente celestial y de origen primitivamente terrestre, pero que habian merecido bien del cielo por su vida pura y regular en la tierra. Allah, temia que al ver uno de sus hijos de origen celeste sus facciones reconociese por su semejanza á ellas, su origen superior, y se llenasen de orgullo, lo que tal vez destruiria la igualdad que debe reinar en el cielo entre todos los hijos de dos orígenes. Aquel retrato se abria por sí solo y